

## La vida en clave verde. Cambios en las formas de habitar urbana y rural a mediados del siglo XIX<sup>1</sup>

Life in green code. Changes in the ways of urban and rural living in the nineteenth century

Graciela Silvestri

### Abstract

It is universally recognized the contribution of English horticulturalism to modern urban and territorial knowledge, particularly in reference to the role of the "green" in relationship with human dwell. Although, it was less studied the cultural influence of this sensibility on the South American nations which, emerging from the hispanic rule, offered to travellers the possibilities of vast and empty expanses, unusual landscapes and contrast ways of settlement. However, the paths the new nations will take to organize their territory, in contact with these organicist inflections, will be not uniform. The pampa's region, our object of research, offers particular features that have been scarcely considered, since the weight of european (continental) culture led scholars to suppose the exclusivity of the French matrix in these subjects. But the important presence in concrete and symbolic terms of British community in Buenos Aires, around the mid of the XIX C, have led us to investigate the relationship between this long tradition of appreciation of the natural world; its inflections in the terms of taste; its changes in confrontation with an odd culture and strange landscapes; and the ambiguous products that have risen from this mix.

landscape - British community - representations

### Resumen

Es reconocida la contribución del horticultrismo inglés al saber urbano y territorial moderno, especialmente en referencia al papel del "verde" en relación con la habitación humana. Menos ha sido estudiado el peso de esta cultura en las naciones sudamericanas que, emergiendo del dominio hispánico, ofrecían a los viajeros las posibilidades de vastas tierras sin poblar, paisajes insólitos y formas de asentamiento contrastantes. La región pampeana, el objeto de nuestra investigación, ofrece rasgos particulares que han sido escasamente ponderados, ya que el peso de la cultura europeo-continental induce aún a suponer la exclusividad de la matriz francesa en los temas referentes al mundo de las representaciones. Pero la presencia concreta y simbólica de la comunidad inglesa en Buenos Aires, a mediados del siglo XIX, nos ha llevado a indagar las relaciones entre la larga tradición moderna de aprecio al mundo natural, sus inflexiones en términos de "gusto", sus articulaciones con la producción, sus alteraciones en confrontación con una cultura y un paisaje extraños, y los ambiguos productos físicos que avalan estas transformaciones de la sensibilidad.

paisaje pampeano - comunidad británica - representaciones

Arquitecta UBA. Doctora en Historia FFYL-UBA. Investigadora independiente CONICET (sede IDEHAB, Universidad Nacional de La Plata)

SILVESTRI, G. (2003). "La pampa y el río. Una hipótesis de registros y periodizaciones en el paisaje rioplatense", en *Materia*, revista D'Art n°2, Departamento d' Historia de l' Art, Universidad de Barcelona.

SILVESTRI, G y ALIATA, F. (2002). *El paisaje como cifra de armonía*, Buenos Aires, Nueva Visión.

1.

A mediados del siglo XIX, los cambios en la campaña bonaerense proveen una imagen alternativa de sociabilidad que articula campo y ciudad en motivos comunes. Ellos pueden resumirse en el refinamiento del interior hogareño y la introducción del gusto paisajista, articulados por la idea de progreso.

Los estudios culturales sobre el período, basados en la literatura local, han privilegiado la vieja imagen del desierto, todavía operante en 1880, sin advertir la introducción de otras miradas, muchas veces reconocible en los mismos autores del clisé, como en los textos tardíos de D.F. Sarmiento. El Sarmiento de las décadas posteriores a la caída de Rosas ya no revela sus mejores intuiciones en la repetición de la oposición desierto/ciudad, sino en la identificación del “habitar pintoresco” con la civilización.

Una de las cuestiones que afecta la verosimilitud de la imagen ciudad versus desierto la constituye la complejidad del mundo de la campaña en las décadas que median entre 1852 y 1880. Son los años de auge de la producción lanar, que adquiere mayor rentabilidad que la cría tradicional de ganado vacuno. Estudiando los testimonios de entonces, puede identificarse la consolidación de tópicos aunados alrededor de la cuestión de la campaña.

El primer lugar común, rastreado en la producción de una nueva y sofisticada generación de viajeros, remite a la forma pastoral. Ella sólo emerge con fuerza cuando la civilización ha extendido sus redes tanto como para ofrecer tranquilidad a quien visita los lugares “vírgenes”, contrastándolos favorablemente con la confusión de la vida urbana. La segunda figura retórica pertenece también al repertorio clásico: obedece a la forma geórgica, que articula la transformación productiva del territorio con una perspectiva estética. Ambas metáforas remiten a las *Bucólicas* y las *Geórgicas* virgilianas: la primera continúa la tradición poética inaugurada por Teócrito y recrea una edad de

oro sin los desvelos del trabajo, con dioses paseándose libremente y pastores ociosos tocando la flauta; la segunda se inicia con un tratado de agricultura en verso, destinado al mismo público culto de las *Bucólicas*.

Así como no existe contradicción entre ambas obras en el momento de su producción, tampoco existe entre estas imágenes de la pampa a mediados del XIX. Los viajeros e inmigrantes anglosajones que llegan al Plata cuentan con ese fondo metafórico reformulado para la actualidad. El tema del *vivere in villa* —o en estancia— se repropone imaginando a los poetas bajo la luz del *landlord* inglés. *Horace was an englishman* —afirma Llewelyn Morgan refiriéndose a la interpretación inglesa del poeta clásico— *wise, clubbable and country lover* (MORGAN, 2002). Este modelo de hombre civilizado seducirá a los progresistas reformadores de la campaña porteña, inspirados en la prosperidad de la comunidad británica local. El *country lover* culto construirá, además de potreros, palacios en la pampa.

Podríamos decir que la vertiente de la vieja Europa, retomada por los ingleses amantes de la luz del paisaje italiano; identificada en la producción de viajeros e inmigrantes cultos, descansa en la división tajante del trabajo: es el modelo del *landlord* el que se perfila en los grupos de vanguardia locales, que apuestan desde fines de los '60 a una estrategia productiva que modificará radicalmente los negocios del campo. El nuevo estanciero sigue viviendo en la ciudad —probablemente en alguna de las agradables quintas de los alrededores—; pero viaja a Europa con fines de estudio y practica las innovaciones agronómicas y genéticas en sus propiedades con un entusiasmo que excede, a nuestro juicio, los propósitos de multiplicación de la renta. Aunque su experiencia remite a un marco simbólico —al *clubbable* Horacio—, lo hace con extrema astucia económica más que con melancólicos versos.

En las décadas que estudiamos, la figura del culto propietario, con impulso técnico y progresista, se ensamblaba con el ideal de

18

civilización rural. Todo representante de la elite debía demostrar su vena naturalista, separándose tanto de los *tenderos* o comerciantes bajos aunque se dedicaran a los negocios, como de los *políticos*, que entonces como hoy tenían mala prensa; demostrando su amor por el verde, por las soledades vírgenes, por la meditación a ellas ligada, por la forma poética derivada. Al mismo tiempo, sin aparente contradicción, este propietario mejoraba los ganados y multiplicaba las mieses, y se hacía de inmensidades territoriales. La relación entre el tópico pastoral y el geórgico aparece evidente.

Una segunda línea cultivada por personalidades destacadas como Sarmiento o Carlos E. Pellegrini se recuesta en un modelo jeffersoniano de República: pequeños propietarios, industria balanceada con las posibilidades locales, colonias de esforzados inmigrantes blancos. Aunque ambos manifiestan un marcado gusto pintoresco, éste se traduce sólo en el ornamento y no en la estructura del territorio: lejos están de ensoñarse con la virginidad de los parajes o la sinuosidad de las rastrilladas. Pellegrini conoce los problemas que acarrió para la propiedad el régimen de enfiteusis: la propuesta para dividir eficaz y rápidamente todo nuevo espacio ganado no puede ser otra que *la línea recta*. La apoteosis de esta vertiente colonizadora se encuentra en las colonias santafesinas aunque posiblemente el modelo más acabado lo constituya el asentamiento galés de la Patagonia (WILLIAMS, 2006).

Tanto en la versión bucólica de las pampas, como en el empeño pragmático que hemos asociado con el tópico geórgico, el avance técnico era central. Pero se trata de opciones diferentes desde el punto de vista de la economía espacial y social. Triunfó un modelo que, si bien está alejado de la idea tradicional del latifundista parasitario, concentró en muy pocas manos, en las pampas bonaerenses y en los territorios ganados a los indígenas, tierras y ganancias.

Los imaginarios no son directamente legibles en la forma espacial: ellas se suman o

superponen de manera ecléctica en la conformación real del territorio; sus huellas emergen como fragmentos. Así, no contrastaremos aquí estos tópicos en el interior del sistema textual al que pertenecen, ni los utilizaremos como metáfora para introducir discusiones sobre el desarrollo macroeconómico del período, sino que nos interesa colocarlos en relación con los cambios efectivos en las formas del habitar cotidiano, subrayando las articulaciones novedosas entre “lo natural” y “lo artificial” que suponen, las alteraciones en el gusto que se impulsan, las consecuencias en la transformación de la vida diaria y del espacio en que ella transcurre. En este período ambiguo, entre 1840 y 1880, cuando las cartas aún no están jugadas, se articula en el territorio el peso de la historia —la vieja tradición española de ciudades-bastiones pensadas en medio de la nada; o la más reciente tradición borbónica-ilustrada, “regular”, fácil atajo para lograr la ilusión de una sociedad formalizada— con la moda pintoresca que se difunde en los gustos de la élite a mediados del XIX; y con la universal atracción del *progreso*, identificado con los avances técnicos, que excedía el mundo de las máquinas simples para adentrarse en la genética de los seres vivos.

## 2.

¿Cuál era la escena que los viajeros ingleses describían en términos pastorales, articulada con un futuro abierto a la transformación? Sir Woodbine Parish, que inicia su libro sobre la Confederación Argentina con una alusión al Paraíso del Antiguo Testamento, (*What is the Argentine republic? What that land of milk and honey, with its pampas full of cattle and its selvas full of bees?*), sólo conoce los alrededores de Buenos Aires (PARISH; 1852, 1958). Su sobrino, Thomas Woodbine Hinchcliff, que visitó el país más de treinta años después de que su tío lo abandonara, narra un mundo encantador y sin ataduras en los mismos alrededores de la ciudad —campos verdes atravesados por cañadas y lagunas, matizados por bosquecitos de talas, ombúes,

durazneros o álamos. (HINCHCLIFF; 1862, 1955) La perspectiva bucólica se afianza cuando nota la escasez de cercos, alambrados y caminos en las vecindades de Buenos Aires. *Teníamos el mundo ante nosotros para tomarlo por donde quisiéramos, ni un seto ni un vallado cerraban la llanura; una mancha oscura en el horizonte, uno o dos ombúes que daban sombra, señalaban la residencia del hombre a quien debíamos visitar, y como no incomodaban caminos ni postes indicadores, no había sino que cabalgar derecho al lugar indicado.*<sup>2</sup> (HINCHCLIFF; 1862, 1955, p. 104)

A diferencia de su tío, que sólo utiliza el tópico pastoral en la introducción de su libro, y del famoso William H. Hudson, que al escribir sus memorias en el clima ecologista inglés de la segunda década del siglo XX, rechaza las transformaciones técnicas posteriores a su infancia bonaerense, Hinchcliff no halla contradicciones entre el paisaje bucólico que releva en 1861 en su excursión a Monte Grande, hacia una de las estancias de su primo John Fair, y su contemporáneo viaje en tren, por la línea del Oeste apenas inaugurada, hacia la estancia de Harry Smith en Merlo. Hinchcliff aprecia las ventajas de la llanura para la extensión del ferrocarril, y también los efectos del nuevo medio de locomoción, en el camino jalonado de barracas, molinos y hermosas villas y bares de recreo con lindos jardines que tentaban a muchos porteños inclinados a divertirse y pasar sus domingos y días de fiesta como los ingleses lo hacen en Richmond o en Gravesand. (HINCHCLIFF; 1862, 1955, p.: 163) Que ambas excursiones fueran realizadas en el mismo año, y comentadas en el marco genérico de dos tipos de apreciaciones diferentes, "bucólica" y "geórgica", enfatiza la ambigüedad de la década, en donde aún puede experimentarse "la libertad de la pampa" a menos de cuarenta leguas del centro, mientras que en otra dirección puede llegarse en tren aún más lejos, verificando las bondades –todavía no los problemas– de la civilización.

La obra de Hinchcliff no pertenece ya al género del explorador, del comerciante, o del científico aventurado, sino al del "viaje pintoresco", de

gran difusión popular en Europa.<sup>3</sup> ¿Cuán transformada estaba, para entonces, esta pampa? El territorio apenas ondulado del NO de Buenos Aires, desde San Nicolás hasta Olavarría, y desde el Plata hasta el centro de la provincia –la región en donde se están desarrollando, hacia 1860, las más decisivas experiencias de racionalización–, se caracteriza morfológicamente por estepas de gramíneas, que cubren los campos con un altura no mayor de un metro, con escasos arbustos. Junto con este paisaje hegemónico es posible hallar otras asociaciones vegetales: bosquecillos de talas, algarrobales, duraznillos, cardales, pajonales, ceibos y sauces criollos en las áreas vecinas al delta, y, en las orillas de arroyos y lagunas, camalotales, totorales y juncales (CABRERA, 1968). La variedad zoológica, lejos de reducirse a vacas y ovejas, presentaba cuadros de extrema animación: venados, vizcachas, mulitas, lechuzas, patos, flamencos, teru terus, ñandúes, perdices. Así, la pampa "virgen" puede constituirse en escenario de una de las formas más exclusivas y arcaicas de la cultura de elite, la caza, y de otras formas de amateurismo naturalista, como la observación de los pájaros –*El Espartillar*, también de los Fair– fue considerada como un verdadero paraíso ornitológico. Las tierras recorridas por estos viajeros pertenecen a las zonas más fértiles de Buenos Aires, en relación a los rincones (potreros naturales limitados por algún obstáculo geográfico, en general el cruce de dos arroyos), con variedad de relieve (los terrenos altos se usaban como querencia animal y habitación), y aguadas, indispensables antes de la introducción del molino.

Poco ha sido atendida la recurrencia de estos trayectos que luego son descriptos por los viajeros ingleses como "la pampa", triangulando estancias de compatriotas y amigos acomodados. Aunque los prósperos terratenientes británicos se diseminaron por los más variados distritos pampeanos, hasta el Cabo Corrientes en el viejo pago de Monsalvo, y las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y el sur de Córdoba, se localizaron principalmente en las áreas cercanas a la ciudad de Buenos Aires. La

más temprana zona favorita la constituye la cuenca del Matanzas, extendida a través de sus afluentes hasta el Salado. El núcleo de desarrollo inicial fue el establecimiento de los colonos escoceses, Santa Catalina, fundado en 1825, impulsado por los hermanos Robertson y amparado por Rivadavia. Los Robertson habían adquirido alrededor de 6500 ha en la zona; pero aunque la inversión inicial en tierras y ganado fue importante, lo característico del establecimiento fue la inversión en material de cercados, en herramientas agrícolas, en "recursos humanos" —el primer horticulturista en estas tierras, el "jardinero" John Tweedie, llegó con el contingente inmigrante (RUIZ MORENO de BUNGE, 1998). La colonia no tuvo éxito, pero muchos de los miembros de la comunidad permanecieron en el lugar, mientras que otros progresaron a través el arriendo, la toma en enfiteusis o la compra de campos, extendiéndose en la dirección indicada por la principal vía de agua: el Riachuelo-Matanzas y sus afluentes, destacándose el área de cruce de los arroyos Cañuelas y Morales. Así, la zona que cubre hoy Lomas de Zamora, San Martín, Matanzas, Ezeiza, Cañuelas, San Vicente, resulta una de las más desarrolladas en el período que nos interesa.

La estancia es sólo parte de empresas británicas, e implica también el control de las comunicaciones y el tratamiento de los productos. John Miller, uno de los primeros ocho *farmers* escoceses, propietario de *La Caledonia* en Cañuelas, poseía saladeros y amarradero propio —el "puerto Miller" en Barracas al Sur, que luego será el asentamiento del frigorífico La Blanca. El mencionado John Fair, hijo de Thomas, socio de los Robertson en Santa Catalina, fue vicedirector del Ferrocarril Sud, y fundador del Banco de Londres y del Río de la Plata. La comunidad se destacaba también por sus emprendimientos financieros y sus negocios de importación, introduciendo objetos productivos o suntuarios que modificaron las formas de vida locales. Y, aunque muchos inmigrantes británicos estaban lejos de poseer gran fortuna, el

sistema de medianería o tercería colocó a los súbditos de la Corona en una posición expectable —que sólo alcanzarían— excepcionalmente los inmigrantes de las décadas posteriores al 80.

Resulta importante señalar que aunque los británicos no abdicaron de sus raíces insulares (resultaba ventajoso mantener la ciudadanía británica, evitando el reclutamiento para alguna de las habituales contiendas sangrientas) las relaciones con la élite criolla fueron más que fluidas. Los casamientos con hijas de la elite no eran extraños. Benito Pascasio Moreno era Twaithe por parte de madre; Samuel Lafone Quevedo, vástago de un dificultoso pero fructífero casamiento mixto; los Miller se emparentaron en la primera generación con los Alvear y los Balvastro. Importantes emprendimientos se hicieron en conjunto: la modélica *Sociedad Pastoral de Merino*, establecimiento luego convertido por Vicente Casares en *La Martona*, tenía como socios a John Miller, John Bell y José Martínez de Hoz.

Aún cuando barreras religiosas y de costumbre separaban a los británicos de los criollos, la admiración de estos últimos regía las relaciones. Y aunque los ingleses miraban con condescendencia a los sudamericanos, ésta podía traducirse en un exótico afecto. La convergencia de hospitalidad y cortesía *naturales* e igualitarismo social, característico del Plata, acentuó el tópico pastoral. También afirmaba esta visión la lealtad, nobleza y gravedad atribuida al gaucho, en consonancia con el silencio de la pampa nocturna; los cruces a campo traviesa; la increíble variedad de aves que habitan las lagunas, arroyos y esteros de los campos rioplatenses. Esta base de inocencia y virginidad evoca el sueño de quienes llegaban a América, la reproducción de un mundo no muy distinto al de su patria, pero prístino, sin los obstáculos fantasmáticos del pasado, y abierto a la adquisición de extensiones de tierras impensable en el viejo continente.

## 3.

Cuando los británicos admiran este “campo”, cuentan también con los cambios materiales que ya permiten una vida relativamente cómoda en el mundo rural. Hacia principios de siglo XIX, el casco de estancia no era más que un rancho, como el descrito por E. E. Vidal en la Banda Oriental. El paisaje que describe consistía en cueros estaqueados al abierto; un horcón; ningún árbol. El único edificio “amoblado decentemente” se presenta como una simple construcción rectangular con techo de paja sostenida por pilares de madera sin debastar, sin puertas ni postigos —reemplazados por cuero de vaca (E.E. VIDAL, 1820, 1999). Mc Cann, hacia 1840, comentaba que las casas carecían hasta de sillas, reemplazadas por cráneos de buey; el piso de barro reseco y pisado, vidriado con boñiga; las habitaciones, en caso de estar divididas, sin destino —específico— en su interior dormían los animales con los hombres.

*Los habitantes de esta parte del mundo parecen considerar que el cielo y la tierra bastan como única morada. El uso que hacen de lo que nosotros llamamos casa es el que hacemos de una despensa o de un ropero (Mc. CANN, 1969).*

Los estudios económicos recientes no alteran esta visión, aunque la matizan. Un estudio reciente dirigido por Carlos Mayo reconoce la predominancia del rancho en la zona de frontera (MAYO, 2003). Pedro de Alcantara, dueño de un campo de dimensiones respetables en Arroyo Azul, reside en 1850 en un rancho de dos piezas de adobe crudo y techo de junco. En 1869, las estadísticas de Bragado arrojan apenas 51 viviendas de azotea contra 1145 construcciones de adobe y paja. Mayo recalca que el rancho podía ser más complejo que los descriptos por los viajeros (con puertas y ventanas y más de un ambiente), pero aún así pocos podrían calificar esta vivienda, aun entonces, como hogar.<sup>4</sup>

Cuando la casa posee algún valor, la disposición sugiere la de un cuartel. Aquellas que se encontraban situadas cerca de la móvil

frontera se rodeaban con un foso, que también servía para evitar la dispersión del ganado y la protección de los sembrados, antes de la introducción de los lienzos de madera y la extensión del alambrado. Pero la imagen de cuartel fue evocada también por la disposición arquitectónica regular, de severas alineaciones, utilizada canónicamente para los edificios productivos, las cárceles o las instalaciones militares. Así, el cambio más importante en el asentamiento rural al que nos vamos a referir fue la construcción de un *home*: de un hogar en lugar de un ropero. La voluntad de cambio se inicia en las décadas del 40 y 50; la transformación extensiva deberá aguardar a las décadas posteriores al '80.

Investigaciones recientes, que han destacado el lugar de vanguardia en los negocios rurales que ocupó un grupo reducido de jóvenes terratenientes a partir de 1870 (Pereyra, Olivera, Matinez de Hoz, Cobo, Casares, Santa Marina, etc.), subrayan cómo estos jóvenes hacendados tomaron como modelo al *farmer* inglés —Ricardo Newton, John Hannah y otros “adelantados”—, aunque adaptaron la estrategia a las posibilidades económicas locales (SESTO, 2005). Entre los pioneros halla un lugar preponderante John Fair —el “primo” que acompañó a Hinchcliff a Monte Grande. Aunque su estancia quedaba a muchas leguas de la ciudad, para lo cual debía penetrarse en una zona que carecía de caminos, la casa descrita por Hinchcliff —en el momento ya no habitada por los dueños— dista de ser una tapera. Estaba construida con techo de azotea, poseía varios cuartos cómodos con doble galería, y se reconocía aún el terreno vallado que fuera una vez jardín: el contraste con los mejores *ranchos* es evidente. Cerca estaban las habitaciones de los peones, los corrales de caballos y ovejas, el monte que daba su nombre al sitio (HINCHCLIFF, 1862, 1955, p. 83).

La soledad y la ausencia de caminos no impedían el acceso al sitio de bienes variados. Los placeres culinarios de los que gozan los amigos, por ejemplo, no se limitaban a la carne de oveja —poco apreciada por el

gaucho—, ni al asado con cuero. En las alacenas de la casa, Hinchcliff encuentra langosta en escabeche, latas de sardinas, pickles y vino. En otra excursión a una estancia inglesa en el Río Negro, Uruguay, Hinchcliff disfruta de una velada musical, la dueña de casa a cargo del piano. Resulta fácil pensar cómo llegó la langosta en escabeche a la estancia de Mr. Fair—además de la facilidad del traspaso desde regiones remotas, Mayo describe, para la época, la oferta variada de las pulperías y almacenes de campo, con más de 73 productos que iban desde pan hasta conservas (MAYO, 2003)—; más difícil es imaginar cómo llegó el piano al Río Negro (y sobre todo, quién lo afinó después). Pero, desde los años '40, muchas descripciones de la vida en estancia aluden al piano, a las cortinitas bordadas, a los sillones, al vino, al croquet y a la chimenea, además de revelar la variedad de licores, vinos y alimentos que se consumía.

Las previsiones estéticas en las estancias anglosajonas no constituían un agregado posterior, cuando ya la estancia marchaba próspera, sino parte inescindible del dominio del lugar, como aparece descrito en las memorias de Richard Seymour sobre el emprendimiento de Monte Molino, cerca de Fraile Muerto, hoy Bell Ville, al sur de Córdoba, entonces “frontera” (SEYMOUR, 1869, 1947). El texto es conocido en la literatura arquitectónica por la casa prefabricada que Seymour trasladó—tal vez el primer experimento de esta índole. Así como el inglés se preocupó por conseguir los ingredientes del *plum pudding* para Navidad, amobló el interior de la primitiva casilla con camas, cómoda, mesas, sillas y hasta un sillón; llevó consigo ollas y sartenes; consiguió semillas para el jardín y la huerta. Como él mismo afirmaba con ingenuidad, las estancias inglesas que visitaba ostentaban ese ambiente de hogar que los ingleses se complacen en llevar consigo a cualquier parte del mundo. Seymour aprecia el “delicioso” jardín y las variadas especies forestales de la estancia de Sheridan en Brandsen: *Pasábamos el tiempo en la misma forma en que lo hubiéramos hecho en una casa*

*de campo en Inglaterra, andando a caballo, jugando al croquet y bailando.* Es en el jardín y en el parque en donde se halla la clave de esta nueva idea de “civilización”, que anunciaba el interior con biblioteca, piano fabricado en Londres y chimenea encendida.

Los detalles pintorescos del paisaje recreado se extendieron, en ocasiones, a las casas. Los *Yngleses*, la estancia de la escocesa familia Gibson—un viejo asentamiento situado en el Rincón del Tuyú, comprado en 1825, hoy en manos de la O.N.G. Vida Silvestre—poseía pabellones rematados por mojinetes escalonados, de uso en los pueblos escoceses. Mc Cann, en su descripción de la estancia de Twaithe en Chascomús, menciona un *cottage*, junto al cultivo de violetas y la consabida *pelouse*. (Mc CANN, 1846, 1969) El chalet es una tipología específica del pintoresco, pero no resume el abanico de lo que aquí denominamos *sensibilidad pintoresca*, que modifica las formas convencionales, entre otras cosas promoviendo la variedad de estilos. Así, el casco de la estancia *Chacabuco*, de los Madero, construida hacia 1870 en estilo pompeyano, puede bien resultar un ejemplo de esta mirada.

Estos relatos, más allá de las obvias implicancias ideológicas, están producidos por viajeros que realizan un circuito similar, deteniéndose en las estancias más confortables de sus compatriotas, o por el grupo de elite vinculado con ellos, contrastándolas ventajosamente con las de “los criollos”. Aún así, todo indica que la introducción de la sensibilidad pintoresca, “verde”, que articula la construcción de la casa con la transformación del entorno alrededor de la idea de hogar, fue consecuencia del peso simbólico de la comunidad inglesa.

#### 4.

A los criollos reformistas no podía placerles ninguna bucólica. Lo que para un paseante resultaba el paraíso, el habitante local lo percibía, aún, como desierto. “El desierto comenzaba allí nomás, a cuarenta leguas de la

casa de gobierno”, afirmaba el comandante Prado (PRADO, 1907, 1961). La palabra desierto no refería a la ausencia de fertilidad, ya que el área era rica en bienes naturales, sino a la presencia del indio. Pero los ataques indígenas eran sólo uno de los motivos que acompañaban esta imagen. Ella también se cimenta en otros personajes y episodios pampeanos: el gaucho; el changador; el “vago y malentretenido”; la rústica producción ganadera; la escasez de caminos y rutas de contacto, la ausencia de límites que pudieran establecer la propiedad. En lugar de observar la campaña como tranquilo retiro, se la consideraba como área peligrosamente informe.

El tema que preocupaba a los criollos ilustrados, el atraso de la campaña, se entendía principalmente en dos ejes, el económico y el civil. Los juicios son tan lapidarios en el siglo XVIII como a mediados del XIX. En este relato, funcional a los propósitos de los liberales porteños, el negro pasado español puede condensarse en el informe que Azara hiciera de la situación del “estado rural” en el Plata: *se prefiere la holganza al trabajo duro* (AZARA, 1968). Azara se instalaba en un horizonte fisiócrata, como tantos personajes de la burocracia española y de la élite patriótica. El tema central radica en el tipo de producción: el cuidado del ganado vacuno llevaría inevitablemente a la desidia, mientras que el cultivo de la tierra no sólo otorga riqueza, sino que afianza las costumbres civilizadas. El hombre de campo deberá pasar de nómada a campesino, de *valiente centauro* a empleado. El anclaje a la tierra es uno de los más viejos motivos de conjuro de la inestabilidad social; uno de los más recurridos mecanismos, en compañía de la ley, de integración de la comunidad. La pampa siempre careció de forma —rasa y plana como mesa de billar: debía otorgársele una que reflejara un orden social.

Después de la caída de Rosas, quienes viven en el Plata y pretenden abrir la pampa al mundo subrayan tres aspectos a modificar. El primero radica en el tipo de producción que sostiene la

región, la explotación extensiva del ganado vacuno. El segundo se relaciona con ella: la ausencia de emprendimientos agrícolas de importancia. El tercero considera la necesaria división de la tierra para asegurar la propiedad. No sorprende que el modelo anglosajón fuera tan bien mirado por hombres como Sarmiento o Pellegrini, ya que las más exitosas empresas británicas tenían a la oveja y no a la vaca como centro, iniciaban cultivos variados, con objetivos de utilidad y belleza, y proponían una sociabilidad que, lejos de cancelar la legendaria hospitalidad criolla, la potenciaba con valores pedagógicos. Ni Sarmiento ni Pellegrini calcularon que sus sueños —el campo dividido entre inmigrantes blancos— se verían muy pronto trastocados por la *solución final* del problema que abatía, por sobre todos, la estabilidad de la campaña más allá del Salado: los malones indígenas.

En 1856, Valentín Alsina presentó a la Comisión de Hacendados un cuestionario que resumía aspectos críticos en la vida de la campaña bonaerense, cuyas respuestas fueron publicadas en 1864 como *Antecedentes y Fundamentos del Proyecto de Código Rural* (CÓDIGO RURAL, 1864). Los temas principales eran tres: ganadería, labranza y “comunes” —o relativos a la vida social de la campaña. Pocos de los que responden se extienden sobre la cuestión de la agricultura, confesándose en ocasiones una plena ignorancia. Aunque confían en ella como instrumento de riqueza y civilidad —el lema de la Sociedad Rural, fundada en 1866 por el grupo de élite moderno al que nos hemos referido, era explícito: *cultivar el suelo es servir a la patria*—, todavía en 1875 se considera que *la agricultura es una utopía quererla establecer sin la población necesaria, lejos de los mercados consumidores, desde donde los productos tendrían que atravesar por campos blandos y fangosos, sin tener siquiera lo que llamamos caminos entre nosotros; siempre en la inseguridad ... la agricultura no puede ir a la pampa sino como auxilio de la ganadería... la vaca será como ha sido hasta ahora la vanguardia de la civilización en la ocupación de la Pampa salvaje.* (Anales de La Sociedad Rural, 1875, p.: 187



24

De confiar en la encuesta, las transformaciones en el campo son aún escasas, y existe una resistencia notable para impulsar la agricultura, más allá de las declaraciones ideológicas. Pero los autores coinciden en señalar el impacto del "oro blanco" —el negocio de las ovejas— en los años que van de 1840 a 1880.

La cría del lanar poseía varias ventajas para la estrategia que imagina la elite progresista. Siendo un ganado pequeño y "fímido", era posible su convivencia con la labranza. Su práctica implicaba, según Pellegrini, *muchos trabajadores industriosos y despiertos, mientras que no era necesario mucho más que un piso de rancho y las destrezas del gaucho a caballo para mantener el ganado vacuno*. Finalmente, la imagen de la principal producción vacuna, la carne salada, permanecía simbólicamente asociada con quien fuera uno de los principales empresarios del ramo, Rosas. Aunque Pellegrini y Sarmiento aplauden los avances de esta industria —en particular la introducción de medios mecánicos y el empleo de inmigrantes vascos—, el saladero se encuentra demasiado cerca de las prácticas de matanza destinada a consumo interno, que seguían siendo objeto de las viñetas literarias de los viajeros que realizaban su crueldad. No debemos olvidar tampoco el impacto que las epidemias de cólera y fiebre amarilla tuvieron sobre Buenos Aires entre 1868 y 1871: los establecimientos saladeriles, mataderos y lugares de procesamiento animal, que encendían de rojo el Riachuelo, fueron concebidos como núcleos de epidemia a la par de la incipiente inmigración masiva.<sup>5</sup>

En una memoria acerca de los jornaleros y de los modestos hacendados de la provincia, Pellegrini realiza una defensa de la pequeña propiedad en contra del latifundio de manera tan sistemática que cabe preguntarse si Horacio no está aquí vivo, ofreciendo la oposición de la agricultura versus la ganadería, del sudor "sano" del trabajo manual en contra de la supervisión vaga del trabajo pastoril (PELLEGRINI, 1854). La memoria elevada a la Legislatura, refrendada

por un grupo destacado de hacendados, solicita que se decreten los terrenos de los alrededores de Buenos Aires como de *lana y pan* (ampliando la clásica categoría de terrenos de pan llevar que denominaba a las chacras) para evitar que las haciendas de vacunos destruyeran huertas y sembrados. La propuesta indica que en un radio bastante amplio, quintas, chacras y estancias se sucedían sin solución de continuidad.

Pero la ilusión agrarista está destinada a desvanecerse en retórica: la experiencia posterior a 1880 se encuentra lejos del modelo de colonias campesinas, pequeños hacendados, inmigración anclada a la tierra, modesto progreso industrial. Si entre 1850 y 1880, la utopía agraria parecía en vías de realizarse, en poco tiempo se probará inviable. No sólo por las formas de división de la tierra luego de la Conquista "del desierto": también porque la joven *intelligentia* rural de los '70, lejos de negar la fuente productiva tradicional del campo argentino —la cría extensiva de ganado vacuno— adaptará la tecnología pecuaria europea y norteamericana a este sistema, lo que permitirá que los fondos invertidos siempre tengan un rápido retorno (SESTO, 2005). El núcleo promotor del campo argentino continuará siendo la vaca —refinada, protegida— pastando en amplísimas extensiones.

Como ingeniero, Pellegrini se entusiasmaba con las mejoras técnicas en el mundo rural, muchas introducidas por súbditos británicos o inmigrantes norteamericanos. Su perspectiva de transformación estaba matizada por motivos ilustrados: regularidad en la arquitectura, orden ortogonal en el territorio, máquinas.

El asunto técnico unifica en el Plata miradas que en otras experiencias fueron consideradas diferentes y aún opuestas. Los cambios productivos introducidos desde la colonia escocesa de Santa Catalina habían dejado incólume el sistema espacial de las viejas estancias: poblaciones-núcleos en el extremo del campo, de gran informalidad; puestos periféricos pobres; grandes superficies sin

explotar cubiertas de pajonales; rodeos en el centro de la propiedad, cerca de las aguadas naturales, alrededor del rascador de la querencia; ocasionales cercos verdes para delimitar el perímetro externo —cina-cina, espinillos, acacias y paraísos— combinados con zanjas simples o dobles.

Los cambios técnicos podían notarse en las zonas vecinas a la capital, en relación a la multiplicación de montes y alfalfares; la adopción de potreros resguardados; los cercos de alambre; la introducción de máquinas y herramientas. Pero de mayor importancia es el cambio en la organización espacial, en virtud de la racionalización del funcionamiento conjunto. Impulsan estos cambios el “grupo de amigos” que funda la Sociedad Rural, la joven vanguardia de la que habláramos antes. El paso inicial de mayor importancia lo constituye el cambio en las relaciones de inversión en capital fijo para proteger la inversión de más alto riesgo, los planteles de pedigrí.

El reordenamiento productivo de las instalaciones ya había comenzado hacia mediados del XIX. *El Tatay*, del norteamericano Samuel Hale, cuya transformación se inicia en la década del '70, contaba en 1882 con despensa, escuela y galpones más o menos especializados, todos “de material”. Planteaba sistemáticamente una nueva jerarquía espacial entre las construcciones, como la cercanía entre la casa del mayordomo, el escritorio y la casa principal, la de los peones en relación con los galpones, etc. —una cuestión que en muchos casos anteriores, como el ya citado de Fair, ya había sido abordada de manera pragmática. Finalizado el período 1870-1895, la transformación del sistema edilicio ya había concluido en los establecimientos principales de la vanguardia rural, aumentando notablemente la construcción “de material” por sobre la de adobe, paja u otros elementos efímeros (SESTO, 2005).

La voluntad de progreso técnico unificaba las representaciones porque no constituía aún obstáculo para el placer estético, el entusiasmo naturalista o los variados proyectos políticos. La sucesión de instrumentos y previsiones de

mejora de la producción campestre es conocida: Harrat, Sheridan y Withfield inician con éxito la cruce lanar, abriendo la difusión prodigiosa de la cría de ovejas, que se refuerza a partir de la liberación de gravámenes a la exportación de lanas en 1840, llevando también a innovaciones agronómicas como el cambio de las pasturas. Se introducen en la época invenciones como el alambrado (cuya primera experiencia fue realizada por Ricardo Newton en 1845, inspirado en el sistema de cercado de un parque de Yorkshire); o las segadoras y trilladoras norteamericanas que reemplazan las viejas hoces. La solidez e higiene de los espacios productivos constituyeron uno de los aspectos más importantes en el dominio edilicio.

El desarrollo del *galpón* es clave —la esquila debía realizarse bajo techo, en determinadas condiciones de funcionamiento, de tal manera que el edificio construido ya no es un ámbito anónimo. Los primeros galpones son pabellones modulados, con aberturas repetidas que otorgan iluminación suficiente para la tarea y cuya cubierta de vigas de palma es reemplazada primero por chapa ondulada y luego por tejas. La propuesta de galpón para *Los Remedios*, a cargo de la familia Olivera, es una estructura en U de dos plantas, generando un patio de trabajo, cercado por una verja de pilares y lienzos de hierro. El acceso de las ovejas se proyecta a través de una rampa, como más tarde será de uso en los frigoríficos. Eduardo Olivera, personaje clave en la historia de la agronomía local, proyectó en 1858 un original galpón cúbico de dos plantas, organizado alrededor de un núcleo de base octogonal erigido por sobre la techumbre que lo circunda, con el fin de obtener iluminación para el conjunto. Un verdadero panóptico. Más tarde, la racionalización del espacio que puede verificarse en estos proyectos, sustento de la eficacia del sistema, la reducción de mano de obra y su disciplinamiento, lleva a creaciones como el brete de manga, difundido desde la década de 1890.

Me detuve en el galpón no sólo por su eficacia productiva, sino también porque una de las características de la sensibilidad pintoresca es

la de albergar novedades formales, tecnologías y materiales no tradicionales —como en este caso el hierro y sus derivados— sin atenerse a los dictámenes que las normas de carácter imponían según el destino del edificio. En forma simultánea a estas creaciones, Jonás Larguía realiza *la Chinesca* en Santa Fé (1868), residencia particular que toma como modelo las *folies* de los parques sin destino preciso, realizadas en hierro forjado.

Después de 1870, no es posible evadir la relación entre establecimientos rurales y ferrocarril. El impulso del Ferrocarril Sur estuvo, inicialmente, en estrecha relación con la cría de ovejas —varios terratenientes ingleses se encuentran en su Directorio. La infraestructura vial, así como los modelos de las estaciones, se importan en piezas prefabricadas desde Inglaterra. No extraña que los edificios de servicio en las estancias se adapten cada vez más a la imagen victoriana: paredes de ladrillo de máquina sin revocar, remates de techo y aleros con crestería de madera o de latón calados, extensión de la chapa acanalada. Más notable es su adopción en las viviendas. Como ejemplos de difusión temprana de la “arquitectura del ferrocarril” pueden verse las instalaciones de la estancia Laguna de los Padres, cerca de Mar del Plata, hoy convertidas en museo José Hernández. Muchos barrios bonaerenses vinculados con el ferrocarril, construidos en áreas que poco antes eran chacras o estancias, adoptan, en sus materiales y ornamentos, el gusto derivado de las construcciones ferroviarias.

Un aspecto importante en la transformación del paisaje pampeano lo constituye el cambio en el sistema de aprovisionamiento de agua, aunque hacia 1890 se mantenía aún la vieja práctica de la noria. El molino en base a energía eólica, de origen norteamericano, introducido por Anacarsis Lanús, es adoptado masivamente después de 1900. Las innovaciones en la provisión de agua no sólo impactan directamente en la cría de ganado y en los cultivos: proporcionarán la posibilidad estética de los parques eclécticos, nutridos de especies exóticas, que, rodeando las casas

principales, se extienden como distintivo de la estancia en su momento de auge (1900-1930). El molino de viento se convierte rápidamente en hito del paisaje pampeano.

Fundamental para nuestras preocupaciones resulta el cambio de la estructura espacial de la estancia moderna, ya que el nuevo ordenamiento revela la articulación entre racionalidad productiva y motivos estéticos. Hacia fines del siglo XIX, comenzó a ensayarse un esquema radial en el diseño de la población principal, subdividiendo el predio primero en cruz, luego en sus diagonales, luego en los gajos de circunferencia. El cambio se orientaba al mejoramiento de las tareas de vigilancia y control, evitando obstáculos visuales y reduciendo el movimiento de hombres y animales. Lo interesante es que el sistema octogonal o radial se impuso en articulación con el diseño del parque. Ya fuera en los diseños más formales de Thays, como en los más abiertos y ondulados de los alemanes Welter y Bötrich, todos en los inicios del 900, las razones de eficacia debían componerse con las previsiones estéticas. En más de un sentido, esta articulación vuelve a señalar el cruce armónico entre las visiones pastorales del modelo del “landlord” inglés con el afán civilizatorio de los progresistas locales. Pocos paisajes resultan más pastorales que el gobernado por la figura de unas vacas descansando, como ya había señalado Gilpin en su conocido tratado turístico-pictórico sobre el *Lake District* —siempre que se oculte— convenientemente la mano del hombre. El parque decimonónico apunta a la contemplación: y es en la imagen en donde se pacifican los conflictos de los diversos idearios.

Excedería el período el abordar con detalle los diversos modos parquísticos que se ensayaron en la pampa en su período de esplendor. Y ocioso: no fue allí en donde el tema del parque, en su dimensión estilística, se ensayó inicialmente. Basta ver los numerosos diseños de Thays, para notar que sus primeros parques de estancia siguen un estilo que podemos calificar genéricamente de *urbano*. En efecto, Thays ya había cumplido una larga trayectoria

en los jardines y parques de la ciudad cuando, en 1898, inicia su actividad privada. Pero nos equivocáramos si pensamos, a través de este ejemplo, que la inclinación hacia el verde inició su sostenida carrera en el centro urbano. Lo hizo en un espacio intermedio entre campo y ciudad: las chacras y quintas suburbanas.

## 5.

El laboratorio de renovación de los modos de habitar se halla en las “preciosas quintitas” del suburbio, en las viejas chacras adquiridas por nuevos dueños en las que, desde muy temprano, se ensaya aclimatación de plantas exóticas, nuevos estilos, diseño jardinero. Ellas también sugieren una articulación productiva-estética que encanta a los reformadores, no hallando en ella otra cosa que placer y provecho. Las citas de Sarmiento acerca de los de los alrededores de Buenos Aires son elocuentes.

*Los jardines se organizan y multiplican en la excitación de expansión, de confort, de villegiatura que se difunde, el ingenio de los arquitectos se pone a contribución para construir villas, quintas, mansiones, casitas de campo, chalets, chateaux, que un día sombrearán coníferas ramosas, plátanos, eucaliptus y todos los árboles y arbustos exóticos de ornato; y como los arquitectos y artistas son italianos, o franceses, o ingleses, o alemanes, los alrededores de Buenos Aires se enriquecen de una variedad infinita de gustos y formas especiales. Ha sucedido también que, abandonándose a su fantasía, algunos dibujantes han construido edificios a la moda de ninguna parte, que por eso embellecen el paisaje con accidentes inopinados. Gracias a esto los alrededores de Buenos Aires presentan hoy el aspecto de una fiesta (SARMIENTO, 2001).*

La única retórica que interesa a Sarmiento es aquella que demuestra modernidad: que un castillito con almenas sea edificado en medio del campo, o que el hierro en sus nuevos tratamientos fuese utilizado para ornamentación no le asusta, en parte por la ingenuidad de su mirada estética hecha de retazos, pero

también porque *cualquier normativa estricta es ajena a su proyecto político. Aplaude estas invenciones, encantado con la variedad: la de las flores, árboles, vestidos, comidas, costumbres, arquitectura, que componían el cuadro amable que consideraba civilizado.*

Las quintas, chacras y algunas de las viejas estancias que hoy están incorporadas a la trama urbana constituyeron el área física de transmisión de las novedades del habitar, que implican desde columnillas de hierro *standard* hasta vajilla de loza inglesa. Esta continuidad se verifica en tres direcciones: hacia San Pedro (el Norte), hacia Merlo (Oeste), y hacia San Vicente-Cañuelas —el viejo pago del Matanzas. Podemos resumir la última zona a partir de la descripción de Hinchcliff en su citado viaje a Monte Grande:

*A pocas millas de Buenos Aires cruzamos el Riachuelo por un puente donde se paga el peaje y empezamos desde allí a sentirnos agradablemente en el campo. Algunas millas más adelante, sin embargo, buena parte de los campos están cerrados con alambrados. Pronto este signo de civilización desaparece y termina el camino (HINCHCLIFF, 1863, 1955).*

Sabemos que “el camino” no terminaba a la misma distancia radial en todas las direcciones. La definición del área que articulará de manera original campo y ciudad, artificio y naturaleza, depende en cada momento de las posibilidades de comunicación.

Esta zona de ambiguos márgenes, año a año reformulada, es el “campo” pintado por Prilidiano Pueyrredón, cuyas vistas más frecuentes fueron tomadas en el área norte de Buenos Aires, donde la familia poseía una chacra (“Bosque Alegre”, en San Isidro). Desde el establecimiento de Rosas en Palermo las barrancas del norte adquirieron vitalidad, aunque no dejan de tener gran importancia las situadas en otras direcciones.

Entre las quintas más renombradas y reproducidas en álbumes de viajeros se encuentran la de Whitfield, que representaron Pellegrini y Morel; la de Laprida (dibujada por

Morel y por Rugendas); la de Mr Fair, en el bajo de la residencia, en donde funcionaba la legación británica (representada por Rugendas y por Ousely); la de Parish (recordada en vistas del arquitecto Adams —uno de los primeros paisajes locales al óleo, de 1826— y de Rugendas); la de Bunge (por Wernicke); la quinta de Azcuénaga, construida por Prilidiano Pueyrredón, hoy quinta presidencial; la quinta de Unzué, situada en lo alto de la barranca sobre lo que hoy es avenida Libertador y Austria; la quinta Hale, cuyo núcleo central fue ocupado más tarde por la actual embajada británica (Luis Agote y Libertador). Todos los dueños de estas quintas eran a su vez dueños de estancias. La relativa abundancia de testimonios gráficos, escasos en el Plata, nos da una idea tanto de su aprecio, como de la asiduidad con que eran visitadas.

*Estas quintas, dice Hinchcliff, blancas como la nieve, y rodeadas por árboles y jardines, adornan las barrancas en una considerable distancia hacia el norte de la ciudad y son verdaderamente agradables, vistas desde el río, a cuya orilla corre un lindo y ancho camino que se tiene por paseo de moda para andar a caballo o en coche (HINCHCLIFF, 1863, 1955, p. 42).*

Careciendo aún de parques urbanos, los porteños identificaban en estos parajes un desahogo de fin de semana. Hinchcliff describe en particular la quinta de otro primo, Mr Frank Parish (hijo de Woodbine), no lejos de la Recoleta, a unas dos millas del centro de la ciudad, fuera del ruido y del bullicio y cerca de varias casas amigas, algunas de apariencia muy hermosa. Estos lugares parecen condensar un imaginario que subsiste hoy, el idilio de reunir todas las ventajas, las de la civilización y las de la naturaleza, sin la "cháchara insustancial" y la conflictividad política de la primera, sin la dura sujeción a la necesidad de la segunda. Por añadidura: los vecinos son respetables.

Hinchcliff se detiene en la vegetación de cultivo que rodea la quinta de Parish: olivos en la avenida de acceso, flores europeas y americanas en el jardín (rosas, violetas,

geranios, margaritas); árboles frutales (los duraznos constituyen la especie más frecuente), campos de alfalfa divididos por senda de cactus y óleos con flores de tamaños impresionantes (como pequeños abetos jóvenes), y los característicos sauces y ombúes.

Aunque en la década del sesenta estas quintas constituyen ya residencias lujosas, no han perdido totalmente su origen productivo. Quintas y chacras contribuían al abastecimiento de la ciudad antes de convertirse, en San Isidro, Barracas, Parque Patricios, Flores o Belgrano, en recreo del verano. Las más prósperas pertenecieron mayormente, antes del siglo XIX, a las órdenes religiosas. En muchas ellas se iniciaron las investigaciones agronómicas de carácter científico y experimental, como en la quinta de los hermanos hospitalarios, en el actual parque Patricios, el primer escenario de aclimatación de especies exóticas durante la estadía de Amadée Bompland, en 1818.

Excedería este texto el comentario de otras quintas—la conducida por el barón Holmberg y luego por su hijo, el distinguido naturalista; la ya mencionada de Samuel Hale, que importaba y exportaba especies exóticas, probablemente una de las primeras que poseyó un parque dividido en sectores específicos, siguiendo la moda impuesta por los tratados insulares y continentales; las primeras quintas públicas, como la de la calle Uruguay, entre Temple (Viamonte) y Córdoba, en donde se instala un jardín de té en 1828 "similar a Vauxhall"; los recreos a los que alude Hinchcliff en su viaje a Merlo, que más tarde se extenderán por el Tigre y popularmente por la isla Maciel (RUIZ MORENO de BUNGE, 1998).

En las quintas se revela que las previsiones habitualmente consideradas como "meramente" estéticas, inducen cambios no sólo productivos (experimentales en temas agronómicos) sino también en las formas de habitar. Me refiero a la articulación de la casa y el jardín, con las consecuentes transformaciones en la conformación del terreno abierto como en la estructura edilicia; a la

extensión del hobby de la jardinería, antes despreciado por criollos y españoles; a las prácticas sociales ligadas a actividades al aire libre; a la búsqueda de la modernidad, la variedad, a través de la introducción de plantas exóticas y raras.

En el siglo XIX, la "sensibilidad verde" ha traspasado las fronteras del gusto "anglo-chinoise". Muchos cuya formación aparece ligada a la academia continental, como Prilidiano Pueyrredón, acusan en sus proyectos la inflexión pintoresquista. Pueyrredón fue huésped asiduo, y tal vez proyectista, a mediados de la década del '60, de la estancia San Juan, de Leonardo Pereyra, modelo de modernidad rural, cuyo casco pertenece hoy a la Escuela de Policía provincial, mientras que gran parte de sus terrenos pasaron a constituir el parque Pereyra Iraola.

En el ámbito público, la sensibilidad anglosajona se vincula con la introducción en la ciudad de episodios escenográficos "naturales", que darán lugar a la forestación sistemática de las calles —desconocida en la tradición española—, y a los parques y jardines urbanos desde la década del '70. Por supuesto, no es posible definir ya escuelas nacionales en este asunto: el llamado "parque ecléctico" constituye un cruce de las múltiples canteras de diseño paisajístico. Pero, en lo referente a los valores públicos del verde, identificados con la vida en democracia (la "naturalidad" en contra de la "formalización") el modelo inglés poseía ecos precisos, tanto para los europeos como para los inicios de la gran tradición norteamericana, de la que la generación de Sarmiento abreva.

Desde 1870 se multiplican las avenidas y calles arboladas, se fundan plazas verdes y parques urbanos, se extienden los modelos eclécticos en las residencias de elite y otros sectores sociales en ascenso. Pero aún cuando la moda *naturalista* comienza a transformar la sensibilidad porteña, está lejos aún de disgregar los firmes límites que trabajosamente la sociedad urbana había alcanzado: la cuadrícula en la ciudad, el alambrado en el campo cercano, la regularidad geométrica de las casas urbanas y campestres.

Las transformaciones que describimos han cumplido su ciclo hacia la segunda década del siglo XX, cuando ya se percibe su convencionalidad. La dificultad de la naturaleza llana y sin árboles, las dimensiones impensables, los límites productivos alejan esta pampa-parque tanto de la idea de jardín amable como de laboratorio social, y también del equilibrio compositivo que, ya demarcado en sus reglas canónicas, caracterizó el parque ecléctico. Hacia la segunda década del siglo XX, se asiste al paulatino ocaso de un gusto que, anclado inicialmente en el progreso civilizatorio y en la libre introducción de motivos internacionales, comienza a ser identificado con la femeneidad, la convencionalidad y la vulgarización. En tanto, conmovida por la oleada inmigratoria, la sociedad porteña comienza a preguntarse sobre su "identidad", y no la encontrará en el pintoresquismo que una vez representó el futuro de progreso. Suburbio y campaña dejan de interesar como puntas de lanza de modernización; en cambio, la nueva vanguardia estética realiza el típico salto del caballo hacia atrás: a ese momento bucólico en que las construcciones parecían cuarteles, las ovejas pastaban libremente, los esteros prometían buena caza y los gauchos eran imaginados, por Darwin, como *caballeros* —caballeros que degollaban, pero caballeros al fin.

### 30 Notas y bibliografía

<sup>1</sup> Este artículo es parte de un libro de mi autoría en proceso de edición, cuyo título provisorio es *Paisajes argentinos: la construcción del lugar común*.

<sup>2</sup> HINCHCLIFF, p.: 104, *op. cit.*

<sup>3</sup> Hinchcliff era ya conocido por sus descripciones de los Alpes, que habían sido publicadas por Longmans en 1857 como *Summer Months among the Alps* y alcanzado cierta difusión. Su objetivo en el viaje al Plata era llegar a los Andes para compararlos con los Alpes, lo que le fue impedido por las contiendas civiles.

<sup>4</sup> En un estudio de Juan Carlos Garavaglia, construcciones y herramientas sumaban apenas el 14 % del valor productivo de la propiedad (GARAVAGLIA, 1999). Hilda Sabato, que sigue la evolución del establecimiento de la familia Girado, en Chascomús, refiere que en 1820 las instalaciones se resumían en un rancho principal "con una puerta y una ventana, otro más pequeño para el capataz, un aljibe, y una cocina con dos ramadas". La estancia de Girado se consideraba por entonces un establecimiento mediano (SABATO, 1989).

<sup>5</sup> Para la discusión de este tema, cf "la polémica sobre la expulsión de los saladeros", en SILVESTRI, Graciela (2003). *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*, Colección Las ciudades y las ideas, Bernal, Universidad de Quilmes-Prometeo, p.: 155 y sig.

Antecedentes y Fundamentos del Proyecto de Código Rural, (1864). Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires.

Anales de la Sociedad Rural Argentina (1875). p.: 187.

AZARA, Félix de, (1968). *Memoria sobre el estado rural del Rio de la Plata en 1801*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

CABRERA, Angel L. (1968). *Flora de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Colección Científica del I.N.T.A.

COMANDANTE PRADO (1907, 1960). *La guerra al malón*, Buenos Aires, Eudeba.

GARAVAGLIA, Juan Carlos (1999). *Pastores y labradores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

GRIERSON, Cecilia (1925). *Primera y única colonia formada por escoceses en la Argentina*, Buenos Aires, Talleres Casa Jacobo Peuser.

HINCHCLIFF, Thomas Woodbine (1863, 1955). *Viaje al Plata en 1861*, Buenos Aires Hachette.

MAYO, Carlos (dir.) (2003). "Vivir en la frontera. Vida cotidiana en la frontera pampeana (1740-1870)", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* (40). Bohlan Verlag, Köln, Weimar Wien.

Mc CANN, William (1846, 1969). *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Biblioteca Argentina de Historia y Política, Solar-Hispamerica, 1969.

MORGAN, Llewelyn (2002). "A Sabine idyll, The british affair with Horace's villa", en *Times Literary Supplement* n° 4, 19 de abril, Londres, p.: 4.

PARISH, Woodbine (1852). *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata. From their discovery and conquest by the spaniards to the stablishment of their political independence*, Londres, John Murray. (trad. castellana Buenos Aires, editorial Hachette, 1958)

PELLEGRINI, Carlos E. (1854). "Memoria descriptiva de los efectos de la dictadura sobre el jornalero y el pequeño hacendado de la provincia de Buenos Aires, escrita a poco tiempo de la jornada de caseros bajo la forma de una petición a la honorable Legislatura de Buenos Aires", en *Revista del Plata* n. 12, Buenos Aires, pp.: 177-181.

RUIZ MORENO de BUNGE, Silvina (1998). *Historia de los parques en la pampa*, Buenos Aires, El Ateneo.

SABATO, Hilda (1989). *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850 1890*, Buenos Aires, Sudamericana.

SARMIENTO, D.F. (2001). "Arquitectura doméstica", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza.

SESTO, Carmen (2005). *La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900*, Colección *Historia del capitalismo agrario pampeano*, dir. BARSKY, Osvaldo, Buenos Aires, Universidad de Belgrano-siglo XXI.

SEYMOUR, Richard A. (1947). *Un poblador de las pampas. Vida de un estanciero de la frontera del SE de Cordoba entre los años 1865-1868*, Buenos Aires, Del Plata.

WILLIAMS, Fernando (2006). *Entre el desierto y el jardín: viaje, literatura y paisaje en la colonia galesa de la Patagonia*, tesis de maestría en Sociología de la Cultura, Buenos Aires, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad de San Martín, (mimeo).